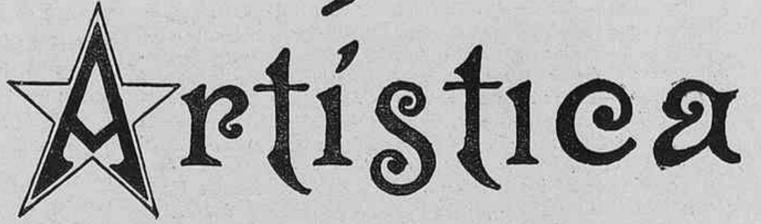
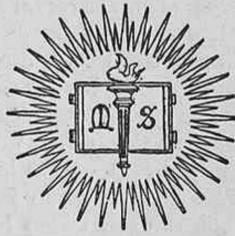


La Ilustración Artística



AÑO XXXI

BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1912

Núm. 1.609

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Fernando Cabrera

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La romanza evocadora*, por Amichatis. — *Fotografías artísticas de L. Martí Olivares*. — *La guerra balcánica*. — *Rejofreído por la colonia inglesa a la ciudad de Antofagasta*. — *El nuevo superdreadnought «Iron Duke»*. — *Joaquín Malats*. — *Matrimonio secreto* (novela). — *La Biblioteca Vaticana*. — *Berlín*. — *Homenaje a Roald Amundsen*. — **Libros.**
Grabados. — *Cabeza de estudio*, cuadro de F. Cabrera. — Dibujo de L. Vidal que ilustra *La romanza evocadora*. — *Pescadora de Tarragona*; *Castillo de Thoun*; *Ramón de Zubiaurre*; *Calle de Ivoise*, fotografías artísticas de L. Martí Olivares. — *La guerra balcánica*. — *Recepción en el palacio del cardenal*, cuadro de P. Salinas. — *Rejofreído por la colonia inglesa a la ciudad de Antofagasta*. — *Joaquín Malats*. — *El superdreadnought «Iron Duke»*. — *El papa Sixto IV confundiéndose al historiador Platina la biblioteca del Vaticano*, cuadro de Melozzo da Forlì. — *El salón principal de la biblioteca del Vaticano*. — *Berlín*. — *Banquete ofrecido a Roald Amundsen*. — *Modelo de la fuente regalada por la colonia alemana de Chile a la ciudad de Santiago*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hará cosa de dos lustros, en las fiestas del Carnaval de Madrid, ganó el premio una carroza muy grande, que representaba una *trainera*, o lancha de pesca de las costas de Galicia, e iba tripulada por señoritas aristocráticas, vestidas con el traje regional, el dengue de grana, el negro mantelo rígido, la tradicional cofia, de encaje, y en la mano, el pandero que las aldeanas repican en las deshojas y bailes de las eras, a la luz de la luna. En la proa de la barca, y entonando, al son de la gaita y el tamboril, cantos melancólicos o regocijados, se agrupaba el célebre coro de Pontevedra, compuesto de señoritos, abogados, médicos, entre los cuales figuraba un hijo de Montero Ríos, y algunas otras personalidades de la colonia gallega. Todos vestían igualmente el atavío clásico: *chaleque* de gayos tonos, calzones y chaquetas de rizo o paño, monteras picudas, camisas de lienzo padronés plegadas menudamente. Y la carroza, a decir verdad, no tenía aspecto de cosa de Carnestolendas, sino más bien de una de esas lanchas que por las rías abajo se dirigen a romería o santuario famoso, en día de fiesta patronal; en suma, remedaba la verdad, y se impregnaba de la poesía del terruño. Y la multitud seguía a la carroza, la aclamaba, la vitoreaba. Era un camino triunfal.

Del organizador de aquel coro, Perfecto Feijóo, quiero decir algo, no sólo porque se apresta, según creo, a dejarse oír en Barcelona, sino porque es, en mi concepto, una de las naturalezas más artísticas y uno de los casos más dignos de estudio que en la vida he conocido. Tiene Feijóo dos personalidades, casi tan en lucha como los dos Tartarines, que estudió con gracia Alfonso Daudet. El primer Feijóo es un burgués de Pontevedra, un boticario con muchísima parroquia, que vende cuantas drogas quiere, y pudiera hacerse rico y darse la vida más regalada del mundo, sin otra molestia que despachar recetas, entre chupada y chupada a un buen cigarro, y plática con el loro tan famoso y con los amigos que invaden el establecimiento, a la vez casino, mentidero y agencia de contratación de la ciudad, donde cuanto se haga, diga y piense ha de pasar por el tamiz de la botica. Pero, ¡ah!, el segundo Feijóo es un poeta bohemio, a quien ha picado en el corazón la abeja de oro, a quien ha embrujado la Quimera — y al través de disgustos y berrinches, derrochando el dinero, el tiempo, la paciencia, realizando inverosímiles viajes, Feijóo va tras el ensueño, ya en gran parte realizado, con trazas humorísticas de chiquillo que quiere hurtar una golosina —, pero prestando, entre bromas y veras, incalculable servicio al arte, a la ciencia, a la historia, a la tradición, a su tierra y al Folk-lore en general. Porque la obra de Feijóo ha consistido en recoger, uno por uno, las tonadas y los versos que se cantan en las cuatro provincias. Este tesoro, gracias a Feijóo, no perecerá.

Si tanto se estima la labor de Böhl de Faber, al coleccionar los cantares y romances andaluces, no podemos regatear a «D. Perfecto» la admiración y la simpatía. Para llevar a cima la empresa, D. Perfecto, al lado de su profesión oficial, tiene otra: la de gaitero. Gaitero al modo «de antes», con la gaita arcaica, igual a las viejas gaitas de hace siglos, de maderas bruñidas y finas, de roncón quejumbroso, de adornos e incrustaciones de marfil, de flecos de seda carmesí copiosos, derramados en cascada. Porque todo degenera, y la gaita igualmente... Los instrumentos actuales no son los venerables de los abuelos, como los bailes populares van desechándose, y a las cantigas reemplaza un vil estribillo de zarzuela. Para recoger e interpretar las melodías del pasado, Feijóo necesitaba la gaita de entonces, y la descubrió, y la manejó, con sencillez de fauno flautista. Mientras sus amigos le llamábamos, en son de elogio, el gaitero de Lérez, en su misma familia, se e

candalizaba alguien de tales gaiterías, y condenaba su exhibición en el teatro, como mancha para el honor burgués... ¡Singular idea, por cierto, del honor, y que demuestra cuánto las opiniones pueden variar, y cómo todo es ceremonial y subjetivo! No tengo yo por qué sorprenderme de este caso, pues hubo entre mis parientes gente de alto copete, que pensó verme descender en la escala social bastantes grados porque escribía libros y esos libros corrían entre el público. ¡Qué demontre, una señora como yo, meterse en tales andanzas! El borrón de tinta borrón es.

Afortunadamente para la música popular, no es Feijóo hombre que se desanime, y está poseído de su idea hasta un grado tal, que ni la edad le ha traído la fatiga, ni ha interrumpido jamás su caza de melodías — verdadera caza, como luego se verá —. Bien es verdad que por Feijóo resbalan los años, sin quitar ni la agilidad a su cuerpo, ni la precisión a su memoria, ni el buen humor a su espíritu, todo empapado de ideal. El infatigable colector sigue coleccionando, rebuscando rústicas flores y conchas, cada día más prendado del alma popular, que se revela y expresa en el raudal de los cantares, tan claramente como se reflejan los castillos ruinosos en las aguas legendarias del Rin.

Sin duda los temas musicales gallegos circulaban ya por el mundo, y eran aprovechados por compositores con independencia de la obra de Feijóo. Pero ésta tiene otro carácter. Los compositores se van tras un bonito motivo, lo glosan, lo bordan, a veces lo desfiguran, quitándole su sello propio, con tal de adaptarlo al gusto del público, o al convencionalismo de un asunto o un argumento. Así, verbigracia, teniendo sin duda muchos temas musicales gallegos un fondo de melancolía, los compositores profesionales han exagerado la nota, y convertido en fúnebre lo que sólo era saudoso, y en llanto a mares lo que no pasaba de suspiro. Contra esta desnaturalización protesta Feijóo. Hijo de una provincia de cielo más bien alegre, donde la gente es animada y dispuesta a divertirse, Feijóo se ríe de esas canciones tan afligidas, de esos aires lentos, salmodias más bien que canciones. No está en ellas el alma gallega, o por lo menos, está en la melodía original y no en el comentario. La música recogida por don Perfecto es la natural, podemos decir; según cantan los aldeanos, transcribe Feijóo. Con religioso respeto y transporte amoroso, colecciona los motivos ignorados, recónditos, que nadie consideraba materia de arte, ni elemento de belleza, ni documento psicológico. Porque en esa música difusa está la esencia, lo íntimo de un pueblo, diversificado en sus regiones, pues hay varias Galicias, como hay varias Españas, aunque tengan estrechas afinidades que descubren la identidad de los orígenes. Y Feijóo ha comprobado esas diversidades, y con su experto oído, sabe distinguir, por ejemplo, entre infinitos *alalás*, todos muy semejantes para el profano, cuáles pertenecen a la montaña y cuáles a la ribera, como hemos llegado ya, los que, sin embargo, no entendemos mucho del asunto, a conocer y diferenciar las *muñeiras* de las Mariñas de las del Avia.

Metido en el empeño, Feijóo, como dejo dicho, gastó tiempo y dinero sin tasa. Los que le conocemos, sabemos que si ganaba como gaitero fama y nombre, como boticario perdía «las perras», seguras en aquel lícito comercio. Si hubiese apuntado los gastos de su recolección, se asustaría el mismo de la cifra a que ascienden. Alguna de esas melodías representa un viaje, a lomos de rocín, por montañas bravas; otra, un préstamo de bastantes pesos duros a un truhán, cuya moza sabía un cantar de molino precioso; porque el aldeano, desconfiado y cazarro siempre, no entrega de buenas a primeras lo que se le pide. Aquel señor que anda tras la música... ¿estará loco? Loco o no, ¡que suelte los cuartos! Para sorprender las canciones Feijóo se mezcla con la gente labriega, bromea con los rapaces y los petrucios, echa chicleos a las rapazas, y, el día de la feria o de la romería, se lleva a toda esa tropa a la taberna, convidando a una buena cazuela de bacalao con patatas, a brona y sardinas asadas, a un pichel del vinillo de la tierra, a una *cunca* de pote de berzas y cerdo, y cuando los ve, jocundos de la comida y la bebida, y se arma la algazara, y empiezan los dicharachos y los retos. Feijóo, hábilmente, trae la conversación al terreno del canto, y, hace que suenen los panderos, y mejor si hay un ciego chilindronero, que con su zanfona acompaña la picardihuela de sus coplas enronquecidas. Cien veces lo que se oye son cosas conocidas ya; pero una, allí está lo inédito, lo que cuenta miles de años y nadie había recogido aún. Buceando en el mar inmenso del sentimiento popular, ha pescado tal vez D. Perfecto una perla preciosa, como la «cantiga de Ulla» que es, en mi concepto, de lo más bello, delicado y

hondo que existe en parte alguna. Sólo esta cantiga bastaría para justificar la fama de los aires gallegos.

Y realmente es un océano el canto popular de Galicia. Lo que por allí corre y se aplaude no da sino leve idea de la riqueza total, y que en gran parte (pero seguramente no por entero), ha recogido Feijóo, con ayuda de su errante trabajo y de su gaita, su bella gaita antigua, que habla de cosas pasadas y misteriosas. Es increíble el número de variantes que existen sólo en la *muñeira*, el *alalá* y la *alborada*, las tres formas típicas de esta música, representando la alborada el saludo al sol que nace y besa los campos empapados del mañanero rocío, la *muñeira* la tarde con sus danzas y sus alegrías de amor bajo los sotos de castaños, y el *alalá* la despedida a la luz, la nostalgia del día y de la vida, esa dolorosa queja ancestral, que tal vez fué el plañido sobre el muerto cuerpo de un héroe joven, de algún caudillo, esperanza de la raza.

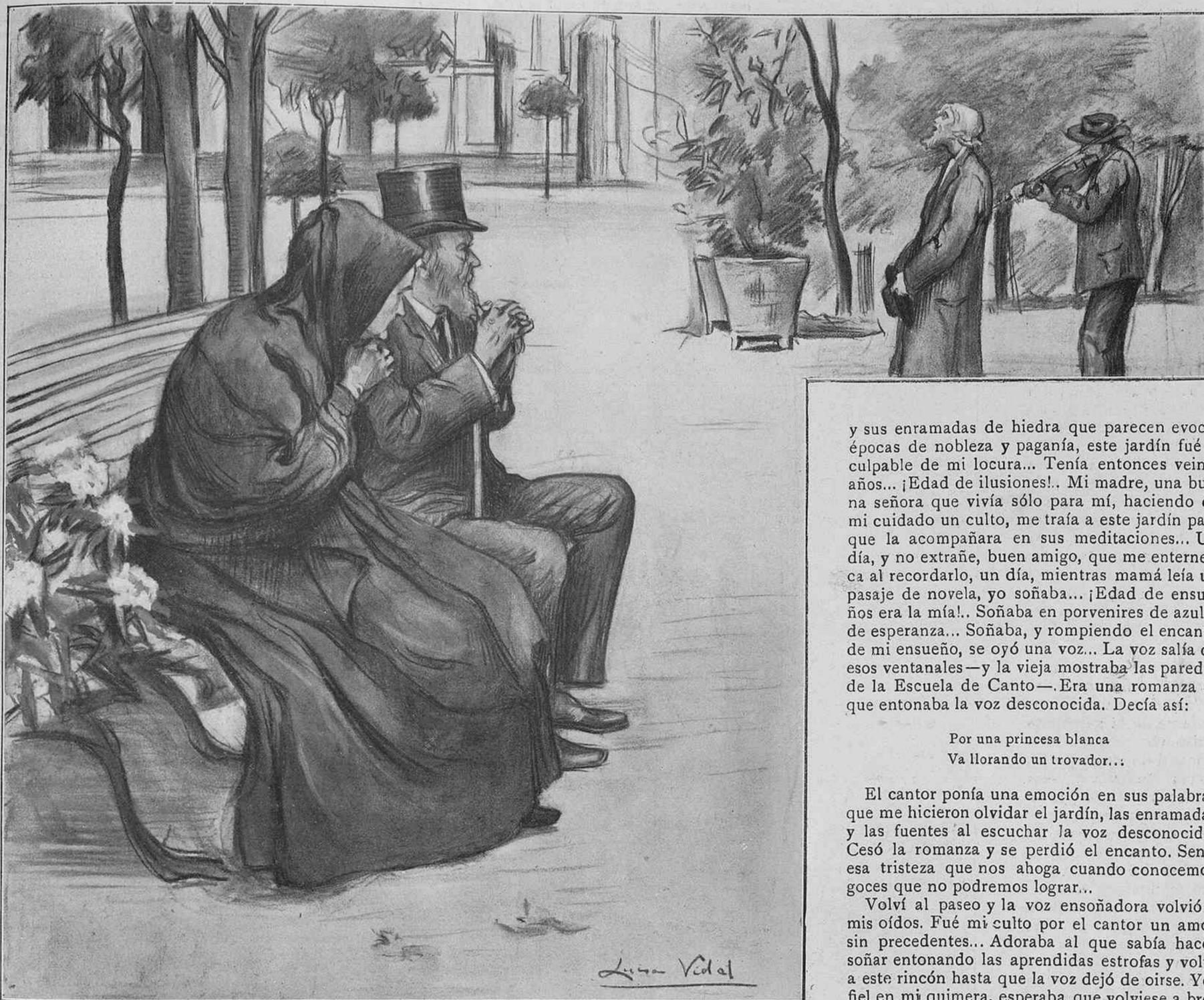
Pero, al lado de estas formas clásicas, por decirlo así, del canto en Galicia, nadie pudiera adivinar el sinnúmero de temas musicales que flotan, entre la masa popular. Hay un espíritu especial en la raza, que adapta y transforma hasta las viles cancamurias de las zarzuelas, y las *agallega*, metiéndolas en su molde. Por todas partes, en Galicia, se canta, y ningún cantar es igual a otro, aunque se parezcan. Feijóo no perdió ripio: mezclándose con los labriegos, como los nihilistas rusos, aunque con otros fines, frecuentó a los arrieros, cuyas tonadas son encantadoras, y parecen decir los azares del largo camino y la viril resistencia a las fatigas; a los ciegos, a quienes imita del modo más adecuado, con su zanfona vieja, embalsamada por las yerbas de San Juan y sabrosa de villancicos; a las mociñas que van al molino sobre el asnillo, entre dos sacos de grano; a los curas de aldea y a los sochantres, que cantan misas con extraordinario sabor, tan del país como las espadañas que alfombran las iglesias y el saúco que las florece; a los marineros y pescadores, que también tienen sus cantares peculiarísimos; a las embotelladoras de Mondariz, que cantan como el agua del arroyo; y así se empapó de Galicia, donde la naturaleza, más que plástica, es musical, y está llena de lirismo.

Hay que oír a D. Perfecto referir sus odiseas para capturar una nueva tonada, su paciencia heroica ante las divagaciones maliciosas de uno que no quiere entregar el secreto, o las zalamerías y fingidos desdenes de la aldeana que cree que se trata de algo distinto de una canción de pandero. Si D. Perfecto hubiese escrito estas historias, tal como pasaron, haría un curioso libro de costumbres, pintura exacta de la gente humilde, de sus tretas de sus marrullerías. La desesperación de Feijóo no han sido esos trabajos, que voluntariamente se impuso, encontrando en ellos el goce del cazador y la maniática felicidad del coleccionista apasionado. Lo que no puede tolerar es que, al presentarse en un teatro con el coro que formó y que canta en el verdadero tono aldeano (cosa no tan fácil de conseguir como a primera vista parece, pues hay quien piensa que debe italianizar la música gallega), le rodee una decoración de salón Luis XV, o de cabaña indeterminada, que igual puede ser suiza que francesa. Necesita Feijóo, para olvidar lo convencional del teatro, que le pinten con arte una casita gallega, un *curro*, en el fondo del pajar, a un lado el hórreo, a otro el carro cara arriba, ese carro de compactas ruedas, de eje gemidor, musical también; que le compongan, en suma, un fondo en el cual haya el sentimiento de la tierra, ya que no puede haber la realidad de la naturaleza maga, ni su olor agreste, ni sus ruidos dulces. Porque si el coro de Pontevedra ha de dar su intensidad máxima de sugestión, debe ser oído al aire libre, como le oyeron los madrileños asombrados, al agolparse a los costados de la gallarda *trainera*, que los hizo aclamar a Galicia, a su alma vibrante de sentimentalismo que se desborda en el canto y en la música.

Yo confío en que el gaitero del Lérez, si realiza realmente su excursión, ha de cosechar aplausos en Barcelona. Una región tan penetrada de sí misma como Cataluña, tan aficionada a la música, no podrá menos de saborear y entender esa manifestación puramente regional, sin aleaciones de arte ya docto. Deseo que el entusiasmo de Madrid ante la *trainera* se reproduzca en Barcelona, más conscientemente. Lo único que a mi entender falta a los coros de Pontevedra, es el elemento femenino... Pero, ¿cómo llevar mujeres? Hay aquí señoritas (y yo acabo de oír a dos, las de Lezón, que eran dos ruiseñores) que dominan las tonadas gallegas... Pero no veo medio de «contratarlas». Ahí fracasaría la reconocida diplomacia de Feijóo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA ROMANZA EVOCADORA, CUENTO DE AMICHATIS, dibujo de Luisa Vidal



Y el viejo cantor gangoseó las palabras de la romanza evocadora...

D. Juan de Montemar, un viejo agradable y simpático que paseaba con altivez sus cincuenta años de soltero, tenía aficiones a los jardines solitarios y evocadores.

D. Juan de Montemar, cada mañana, después de rezar su oración ante el viejo Cristo de la gótica Catedral, encaminaba sus pasos al jardín de la Escuela de Canto y allá pasaba las horas de recordanzas pensando en la dulzura de amores que no gozó y recibiendo el beso del sol, que es el padre amable de todos los ancianos.

En aquellas horas matinales era el jardín, con pretensiones versallescas y estanques sombríos rodeados de arrayanes, un asilo para los naufragos de la vida. Allá, en aquel agradable refugio, tenían los ancianos, como los reyes antiguos en los monasterios, un lugar para plácidas evocaciones.

Como el buen D. Juan, también iba al poético rincón una vieja dama que, tras los pliegues de su manto, ocultaba la majestad de un cuerpo virgen en la decadencia. Tenía la dama ojos negros y maternales de mirar amoroso. Andaba despacio y siempre parecía escuchar el eco de una voz.

Cada día, al mediar la mañana, aposentábase la dama en un banco, tras las paredes de la Escuela, y el galante caballero siempre lograba una mirada de sus ojos evocadores.

—Buen día tenga la compañera de paseo, decía el viejo galán.

—Dios guarde al amable caballero, contestaba la anciana dama.

Y con los saludos comenzó la amistad. Fué una de esas amistades de viejos, que ven sus antiguas

andanzas tras el velo de los años. Todo tiempo pasado fué mejor y, apoyándose en el proverbio, urdían sobre sus pasadas historias mentiras agradables y románticas.

—¡Oh!.. ¡En mis tiempos!.., decía la dama.

—¡En los nuestros!.., repetía el caballero.

Y de confianza en confianza llegaron a lo íntimo de sus confesiones.

—Yo, decía D. Juan, he llevado una vida inútil de fanfarronería y misterio... ese misterio con que rodeamos las aventuras para hacerlas agradables... Huérfano, muy joven, me encontré con una buena herencia y un tipo no poco agradable a las damas... Corrí mundo... fui de la Ceca a la Meca... viví en París... amé, jugué y... me hice viejo...; los años pasaron sin advertirlo... A la salida de un baile noté que me temblaban las piernas, me dolía la cabeza y tenía el bigote completamente nevado... Vida tonta fué la mía... Vengo a este rincón como a un asilo... ¡Es tan tranquilo!..

La dama, escuchando, tomaba su pañuelo y jugaba una lágrima.

—Mi vida, decía ella entre orgullosa y pueril, es más santa... He sido cumplidora de un juramento de amor... Es raro, ¿verdad?.. Es raro que en estos tiempos de indiferencia en que las mujeres somos como un adorno en la vida del hombre, exista una dama como yo... Soy de novela y de leyenda; tengo alma a lo Julieta, a lo Isabel de Segura...

D. Juan escuchaba, intrigado, la comenzada confesión.

—Este jardín, agregaba la vieja, este jardín romántico y soñador con sus surtidores, sus arboledas

y sus enramadas de hiedra que parecen evocar épocas de nobleza y paganía, este jardín fué el culpable de mi locura... Tenía entonces veinte años... ¡Edad de ilusiones!.. Mi madre, una buena señora que vivía sólo para mí, haciendo de mi cuidado un culto, me traía a este jardín para que la acompañara en sus meditaciones... Un día, y no extraña, buen amigo, que me enterneca al recordarlo, un día, mientras mamá leía un pasaje de novela, yo soñaba... ¡Edad de ensueños era la mía!.. Soñaba en porvenires de azul y de esperanza... Soñaba, y rompiendo el encanto de mi ensueño, se oyó una voz... La voz salía de esos ventanales—y la vieja mostraba las paredes de la Escuela de Canto—. Era una romanza lo que entonaba la voz desconocida. Decía así:

Por una princesa blanca
Va llorando un trovador...

El cantor ponía una emoción en sus palabras que me hicieron olvidar el jardín, las enramadas y las fuentes al escuchar la voz desconocida. Cesó la romanza y se perdió el encanto. Sentí esa tristeza que nos ahoga cuando conocemos goces que no podremos lograr...

Volví al paseo y la voz ensoñadora volvió a mis oídos. Fué mi culto por el cantor un amor sin precedentes... Adoraba al que sabía hacer soñar entonando las aprendidas estrofas y volví a este rincón hasta que la voz dejó de oírse. Yo, fiel en mi quimera, esperaba que volviese a brotar de las paredes del caserón la palabra mágica... Pasó el verano, pasó el otoño con sus tristezas y me atreví a indagar el paradero del que supo cautivarme.

El viejo portero de la Escuela calmó mis cuitas. Así contestó a mis preguntas inciertas.

—¡Oh!.. Aquel que cantaba... ¡Guapo mozo!.. ¡Guapo mozo!.. Ahora debutará en el teatro... Tiene porvenir... Es un Gayarre... Es de la pasta de los grandes cantantes... Ya lo verá, ya lo verá... se llama Pablo Albarán...

Pablo Albarán. ¡Con qué musical sonido decían mis labios ese nombre! En vano lo busqué en los periódicos, hasta que un día apareció con grandes letras en las listas del Teatro de la Opera. Acompañada de mi buena madre fuí al ansiado debut. Al fin podría conocer el amor de mis ensueños...

El teatro era como un templo en día de gran fiesta. En lo alto de la galería buscamos un rincón donde ver sin ser vistas y desde allí pude escuchar la voz del que no conocía. Apareció cantando la romanza evocadora. Mi madre, viendo mi emoción, preguntaba ansiosa:

—¿Qué es eso, nena?.. ¿Qué es eso?

Y yo callaba guardando el secreto de mi amor.

¡Fué pasión de niña! Pasaron los años y yo vivía al calor de la primera esperanza. En la prensa leía los triunfos de Pablo Albarán. Mi secreter era archivo de sus retratos. Esperaba que tornase a su pueblo, que viniese a este rincón coronado de laureles... Esperaba y no vino... No vino y no supe más de él. Calló la fama dejando olvidado el nombre del gentil cantador de la romanza evocadora. ¿Qué fué de él?.. La fortuna le subió ocultándole a mis ojos, que siempre tendrán una lágrima para él si ha muerto, o para el dolor de mi olvido si acaso vive.

Por eso vengo a este rincón donde aprendí a sonar de niña mientras leían los viejos. Como ellos leo ahora y recuerdo un tiempo que pasó. Gracia es ésta de los recuerdos que es único consuelo para ancianos que recibimos el paternal beso del sol...

* *

Callaron los viejos de los románticos recuerdos, poniendo en su silencio todo el dolor de las cosas olvidadas. Náufragos de la vida, buscaban un refugio en los dorados sueños de su adolescencia. La dama pensaba orgullosa en su vida de virtud ofrecida en holocausto de un Dios de Amor. A él sacrificó toda su juventud, toda su ilusión; a él pedía un poco de piedad para no perder el paraíso de sus recordanzas.

D. Juan, medroso y cabizbajo, pensaba rectificar los juicios que en su vida hiciera. Siempre fué escéptico y creyó que tras la sonrisa de una hembra se oculta el engaño, nunca creyó que el corazón femenino pudiera apasionarse más que por las joyas y baratijas. «Poderoso caballero es don dinero.» Tal fué la sentencia que guió todos sus actos. Su vida fué de un continuo desprecio para las damas. Cada día un amor nuevo, cada hora una nueva oración de amor. Caballero andante de la galantería, quiso vengarse de la liviandad de las mujeres a fuerza de irreverencias. Con sus palabras, melosas y agradables, conquistaba corazones, que después destrozaba con los dardos del olvido. Por eso meditaba al conocer la historia de una dama que guardó su amor en el pecho y no tenía una queja para el altivo amador.

Suspiraba la dama y el caballero recogía el suspiro cual una flor marchita que conserva como un póstumo aroma.

* *

Paseo adelante, frente a la Escuela de Canto, apareció un grupo trágicamente doloroso. Formabanlo un ciego y su viejo lazarillo. El ciego, viejo también, andaba cansino ofreciendo al sol su testa venerable de artista abandonado. Bajo el brazo llevaba un violín de cuerdas destempladas.

El lazarillo ofrecía en su porte un ademán altivo y retador; tenía en los ojos esa luz que parece mirar las neblinas de la locura. Eran sus ojos de los que no se olvidan cuando posaron una vez en nosotros su mirada: ojos de fiera, hurafios y brillantes como los de un brujo enigmático al pronunciar un conjuro.

En el silencio del misterioso jardín, parecían dos figuras de un retablo de iglesia que hubieran adquirido vida por milagro de un saludador. De rato en rato hacían alto en su camino. Reposaban en un viejo banco, junto al respaldar de recortado mirto y entonaban su canto limosnero. El ciego hacía gemir las cuerdas del violín, que tenían la tristeza de una queja, y el anciano cantor gangoseaba una trova. Ofrecía el cantante el triste aspecto de un juglar que hubiese dejado su juventud en los zarzales del camino y al volver al castillo de la que fué su dama entonase, como el cisne, su canto funerario.

Paso a paso se acercaron al banco donde reposaban los ancianos evocadores. D. Juan seguía meditando los sueños de la vieja compañera.

—Toca mi romanza, dijo el viejo cantor.

—¡Tu romanza!.. ¡Tu romanza!, arguyó el ciego. Locura es la tuya al venir a este desierto de sol ante esa casona solitaria para entonar tu romanza... ¡Ni que quisieras asustar a los pájaros!..

Y el cantor repuso con la dignidad de un príncipe ofendido:

—Aquí empecé, compañero de Sarasate... En esta Escuela empezaron mis triunfos, que pusieron una aureola de luz en mi nombre, el nombre de Pa-

FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS

DE L. MARTÍ OLIVARES

(Véanse los grabados de esta página y de la siguiente.)

Los progresos realizados en la fotografía, desde el punto de vista técnico, son inmensos; pero no son menores los que se registran en ella en el sentido propiamente artístico.

Hoy existen verdaderos artistas fotógrafos para quienes la máquina no es ya el factor único que se limita a reproducir fríamente lo que delante de su objetivo se coloca, sino el auxiliar, indispensable, si, pero auxiliar al fin, que le sirve para exteriorizar estados de alma, para fijar visiones de espectáculos esencialmente bellos, en una palabra, para hacer arte y arte noble, elevado.

Pero para llegar a este resultado se requiere que el fotógrafo ponga mucho de su parte; es menester que tenga temperamento artístico, a fin de actuar como alma, por decirlo así, que dé vida y sentimiento, movimiento y color, a los secos contornos y líneas que la máquina recoge con fidelidad puramente mecánica.

Estas cualidades las reúne en grado sumo el señor Martí y Olivares: la exposición que hace algún tiempo celebró en el Salón del Fayans Catalá fué la más elocuente demostración de ello. En todas las obras que en dicha exposición figuraban, y que eran magníficas pruebas a la goma, al carbón, a la tinta grasa, admirábase una técnica insuperable; pero aun por encima de ésta cautivaba al espectador el sentimiento artístico que las animaba. Los paisajes tenían todo el encanto poético de la naturaleza sorprendida en sus más bellas manifestaciones; las figuras, todo el vigor, toda la expresión de la realidad; los retratos eran no sólo la reproducción de los rasgos físicos, sino, además, la exteriorización de los rasgos psíquicos

del sujeto retratado. La máquina había dado las formas de los objetos; el artista había infundido en ellas el alma.

Los grabados que en ésta y en la siguiente página publicamos dan perfecta idea de la perfección alcanzada por el Sr. Martí y Olivares en el arte a que se dedica y en el que ha conquistado tantos y tan valiosos triunfos.

RECEPCIÓN EN EL PALACIO DEL CARDENAL,

CUADRO DE P. SALINAS

(Véase la lámina de las páginas 708 y 709.)

Salinas es uno de los pintores españoles contemporáneos que tienen una personalidad artística más marcada. Sus cuadros no pueden confundirse con los de ningún otro artista; llevan un sello propio que hace innecesario buscar en ellos la firma del autor. Magistralmente compuestos, admirablemente pintados y dibujados, hay en ellos una riqueza, una suntuosidad que revelan al mismo tiempo que un arte refinado, un gusto exquisito.

Salinas cultiva con predilección el género de costumbres de antaño, de las que ha hecho un estudio profundísimo y en cuya interpretación ha sido universalmente reconocido como verdadero maestro.



Pescadora de Tarragona, fotografía artística de L. Martí Olivares. (Salón del Fayans Catalá.)

blo Albarán... Hoy que la fortuna olvidó mis pasos, deja que cultive el tesoro de mis recuerdos...

Y el viejo cantor gangoseó las palabras de la romanza evocadora:

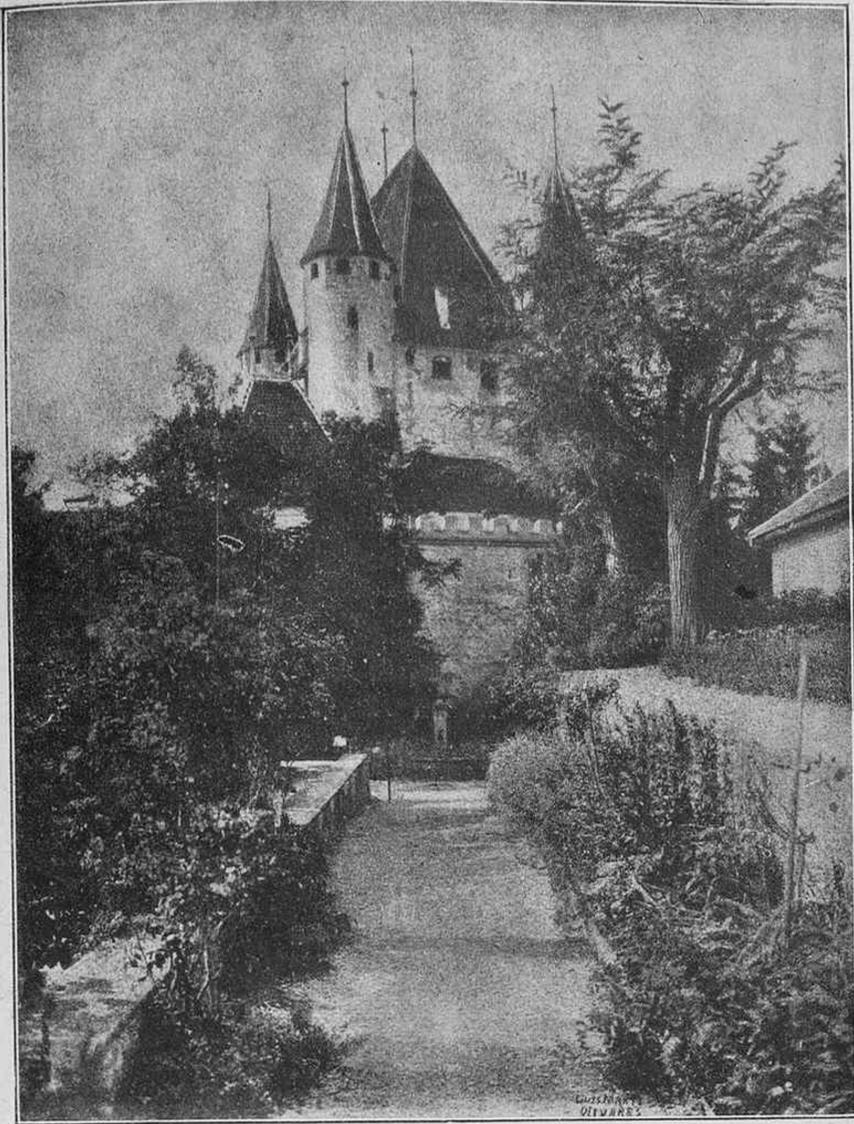
Por una princesa blanca
Va llorando un trovador...

Terminaron la romanza y se alejaron los artistas renegando de la poca caridad de los dos ancianos que, al ver marchitos sus ensueños, no quisieron sufrir el dolor de pagar, con un poco de calderilla, la amarga visión que borraba un pasado...

* *

¿Fué milagro de la casualidad? ¿Fué quimera de la vieja recordando mentidos amores?..

Callaban los ancianos; lloraba la dama al comprender el dolor que tienen las evocaciones. Y es que es muy amargo llamar a las ventanas del recuerdo cuando los años ungiéron nuestras cabezas con la blanca corona de los antiguos patriarcas.



Castillo de Thoun, fotografía artística de L. Martí Olivares



Retrato del pintor Ramón de Zubiaurre, fotografía de L. Martí Olivares

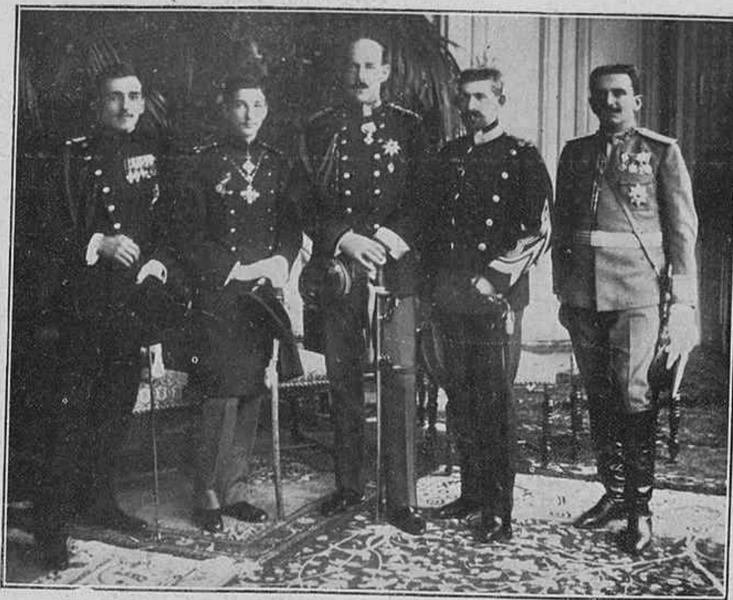


Calle de Ivoise, fotografía artística de L. Martí Olivares

LA GUERRA BALKÁNICA



El príncipe heredero de Turquía Yusuf Izetdine Effendi (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



Los príncipes herederos de los Estados balkánicos Alejandro de Serbia, Fernando de Rumanía, Boris de Bulgaria, Danilo de Montenegro y Nicolás de Grecia (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



Nazim bajá, ministro de la Guerra de Turquía y generalísimo del ejército turco (Fotografía de Harlingue.)

La guerra de los Estados balkánicos contra Turquía ha entrado en pleno período de actividad: búlgaros, montenegrinos, serbios y griegos, todos han roto ya las hostilidades.

Para mayor claridad, y siendo cuatro los teatros de operaciones, agruparemos separadamente los datos referentes a cada uno de ellos, procurando dar sólo aquellos que estén debidamente comprobados, puesto que en esta guerra, como en todas y quizás más que en las otras por su índole especial, las primeras noticias son casi siempre contradictorias, atribuyéndose la victoria cada uno de los beligerantes.

El día 19, los búlgaros penetraron en el territorio turco y se apoderaron de Mustafá Bajá, plaza situada a siete kilómetros de la frontera. El 20, mientras una parte de su ejército comenzaba el ataque de Andrinópolis, ocupando dos fuertes exteriores, el resto siguió avanzando en todas direcciones. El 21 ocuparon las dos orillas del río Maritza y el 22 inicióse en las inmediaciones de Kirk Kilisé un violento combate, en el que 120.000 búlgaros lucharon contra 140.000 turcos, y que terminó el 24

con la victoria de los primeros, quienes se apoderaron de la mencionada ciudad haciendo 50.000 prisioneros.

Andrinópolis, desbordar la derecha del ejército otomano, interceptar el camino de Constantinopla y dificultar y acaso impedir la llegada de refuerzos.

Los montenegrinos ocuparon el 16 Berana y toda la línea desde Bielopolia a Louza y comenzaron el bombardeo de la plaza de Tarabosch. El 17 iniciaron la marcha sobre Scutari que, según parece, ha tenido que ser suspendida a causa de la dificultad del aprovisionamiento de las tropas, del mal tiempo y del cambio de actitud de los malisores, antes favorables a los montenegrinos y ahora inclinados a los turcos. Además entre turcos y montenegrinos se han librado algunos combates en Plava y Gusingue.

Los serbios tomaron el día 21 Podonievo, apoderándose de numeroso material de guerra, varios blockhaus turcos situados a lo largo de la frontera, cerca de Ristovatz, y la altura de Rujan, que se alza a 15 kilómetros al Sur de la frontera y que tiene grandísima importancia estratégica; el 22 ocuparon la importante plaza de Kumanovo, al Nordeste de Uskub. Las fuerzas serbias están divididas en tres columnas, de las cuales la primera, man-



Los reservistas búlgaros oyendo una misa de campaña. Muchos de ellos llevan flores en los cañones de los fusiles. (De fotografía de Carlos Trampus.)

La ocupación de Kirk Kilisé tiene grandísima importancia, puesto que permite a los búlgaros eludir las defensas de

manovo, al Nordeste de Uskub. Las fuerzas serbias están divididas en tres columnas, de las cuales la primera, man-



Tropas serbias en territorio búlgaro. Tren militar serbio en la estación de Sofía. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

dada por el príncipe heredero, avanza sobre Uskub; la segunda, al mando del general Jankovitz, sobre Pritchina; y la tercera, a las órdenes del general Zivkowitz, ha de reunirse con los montenegrinos y con la columna Jankovitz, marchando después sobre Mikrovitza y Uskub.



Mohamud Chefket bajá, comandante del cuerpo de ejército turco que opera contra los serbios



Abduláh bajá, comandante del ejército turco que opera contra los búlgaros

(De fotografías de Harlingue.)



Riza bajá, comandante del ejército turco que opera contra los montenegrinos y los griegos

Según los que tales suposiciones hacen, Turquía dejaría que las tropas búlgaras atacaran y sitiaren Andrinópolis, con lo cual quedaría inmovilizado delante de esta plaza una buena parte de las fuerzas enemigas. Pero estos planes, de ser ciertos, pueden haber sufrido un gran

Los griegos han sostenido algunos combates de escasa importancia en Descati (Macedonia) y en Elasona, ocupando ambas posiciones. La flota comenzó el 19 el bloqueo de Preveza, importante puerto turco situado a la entrada del golfo de Arta, en el Adriático; el día 20 hizo algunas demostraciones navales delante de las islas Tenedos y Lemnos y el 21 efectuó un desembarco en el puerto de Mondros.

La escuadra turca bombardeó el 19 el puerto búlgaro de Varna, en el mar Negro; el 20, el puerto de Burgas, y el 21 el de Kavarna, ocasionando graves daños en varios edificios. En este último día intentaron los turcos un desembarco en Varna, pero fueron rechazados. El bombardeo del puerto de Kavarna, exclusivamente comercial y sin defensas, ha dado motivo a una enérgica protesta del gobierno búlgaro, que lo califica de violación flagrante de los principios de Derecho internacional proclamados en la Conferencia de La Haya y consagrados por la práctica internacional en todos los países civilizados.

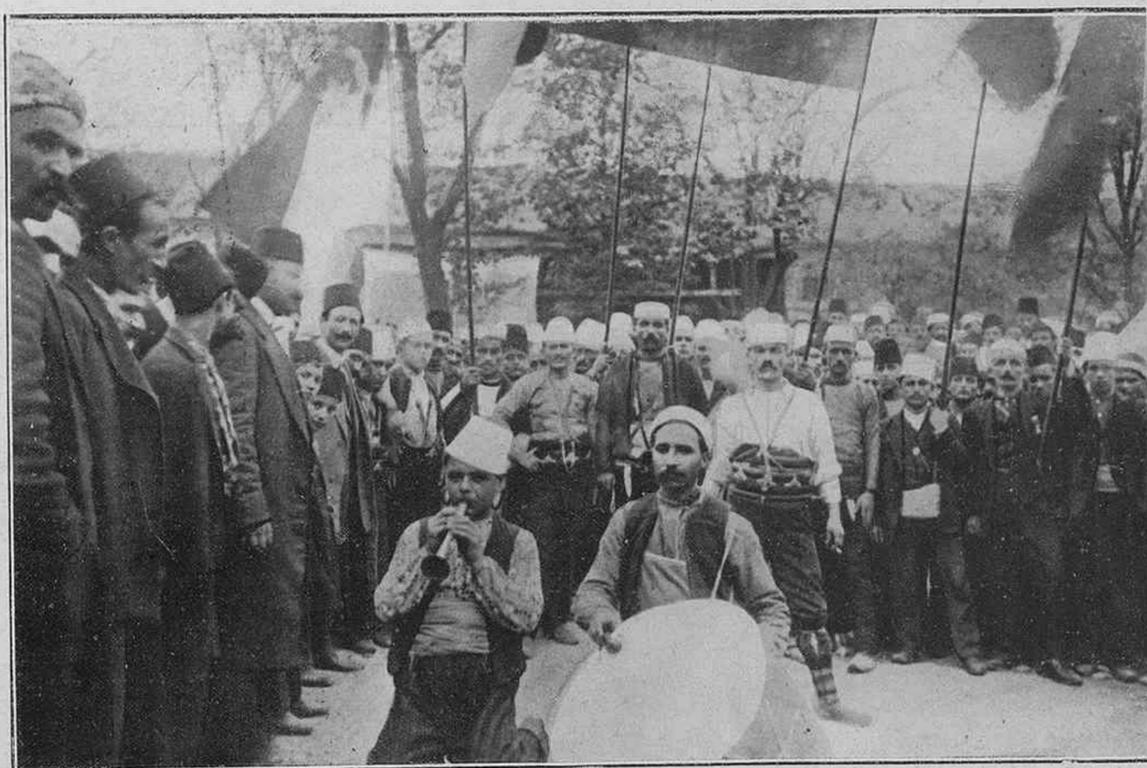
Del sucinto resumen que dejamos expuesto se desprende que todas las ventajas están de parte de los aliados; éstos avanzan y los turcos retroceden. ¿Envolverá esta táctica de los turcos una segunda intención? Son muchos los que así lo creen, estimando que el plan de Nazim Bajá, el ministro de la Guerra otomano, consiste, de una parte, en

ir ganando tiempo, a fin de reunir todas las fuerzas necesarias para librar una acción decisiva; y de otra en atraer a los alia-

contratiempo con la toma de Kirk Kúissé, no sólo a causa de la importancia estratégica de esta posición sino también por la baja que en el ejército turco supone la pérdida de los 50.000 hombres que la guardaban y que, como hemos dicho, han sido hechos prisioneros.

Una de las cosas que más preocupan en la presente guerra es la actitud de Rumanía. Sabido es que los hombres de Estado rumanos han declarado que movilizarían su ejército en cuanto amenazase un conflicto turco-búlgaro a fin de que éste no los hallase desprevenidos. Ahora bien, el conflicto no sólo ha estallado, sino que además se halla en un momento de gravedad suma y Rumanía nada ha hecho. ¿Cómo explicarse esta actitud? Según unos, Rumanía se ha entendido secretamente con Bulgaria y obtenido de ésta la promesa de un engrandecimiento de territorio en el caso de que ella se apoderase de Macedonia y de la Tracia; al decir de otros, el gobierno rumano, siguiendo los consejos de Viena y de Berlín, espera que los beligerantes, después de algunas semanas de encarnizada lucha, agoten sus fuerzas para intervenir en el momento oportuno.

La actitud de las potencias continúa siendo de absoluta neutralidad, dirigiéndose todos sus esfuerzos a evitar que cualquier incidente inesperado pueda servir a alguna de ellas de pretexto para intervenir directamente en el conflicto de los Balkanes. — R.



Voluntarios albaneses de Constantinopla dirigiéndose a la estación de Sirkedji (De fotografía de Central-Photos.)

dos, especialmente a los búlgaros, a un terreno favorable a los turcos para asegurar la derrota de aquéllos.

do pueda servir a alguna de ellas de pretexto para intervenir directamente en el conflicto de los Balkanes. — R.



Miliciano serbio custodiando la estación de Cuprija.—Milicianos serbios custodiando la vía férrea. (De fotografías de M. Branger.)



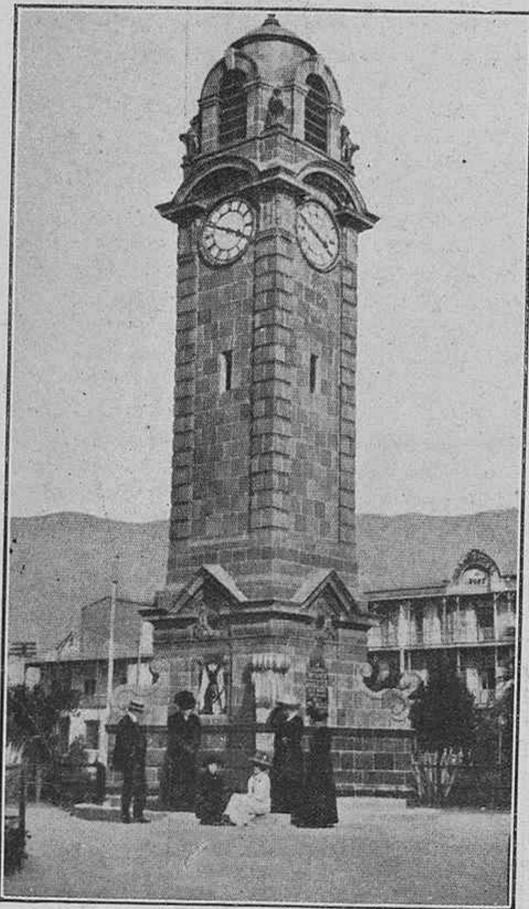
RECEPCIÓN EN EL PALACIO DEL CARDENAL, CUADRO DE PEDRO SALINAS. (Derechos de reproducción adquiridos de la Nueva Sociedad Fotográfica de Berlín expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.)

RELOJ OFRECIDO POR LA COLONIA INGLESA A LA CIUDAD DE ANTOFAGASTA (CHILE)

Como decimos en otro lugar de este número a propósito de la fuente monumental regalada por la colonia alemana a la ciudad de Santiago de Chile, las colonias extranjeras residentes en las principales repúblicas sudamericanas quisieron asociarse a las fiestas por éstas celebradas con motivo del centenario de su independencia.

De esta manera se han propuesto demostrar cuán grande es el afecto que profesan a su nueva patria y perpetuar la expresión de sus sentimientos por medio de manifestaciones efímeras cuyo recuerdo el tiempo borra, sino de monumentos que serán vivientes testimonios de su homenaje ante las futuras generaciones.

Los ingleses establecidos en Antofagasta, siguiendo este propósito, han regalado a dicha ciudad la hermosa torre re-



Reloj que la colonia inglesa ha ofrecido a la ciudad de Antofagasta con motivo del centenario de la independencia chilena. (De fotografía)

loj que el adjunto grabado reproduce y que al par que servirá de adorno a una de las plazas de la población, será de verdadera utilidad para sus habitantes.

EL NUEVO SUPERDREADNOUGHT INGLÉS

«IRON DUKE»

El día 12 de este mes fué botado al agua en Portsmouth este nuevo acorazado inglés, que será el mayor y más poderoso buque de guerra del mundo.

En efecto, el *Iron Duke* desplaza 26 400 toneladas, mide 186 metros de longitud, alcanzará una velocidad de 26 nudos y contará con un armamento formidable. Su coste, una vez terminado, será de dos millones de libras esterlinas (cincuenta millones de pesetas).

Al acto de la botadura asistió el rey Jorge V.

El *Iron Duke* es el segundo buque de guerra inglés que lleva este nombre. El primero, un año después de su botadura, en 1875, echó a pique en el mar de Irlanda a otro buque inglés, *La Vanguardia*.

Ambos nombres, desde entonces habían sido desterrados de la flota inglesa; pero recientemente han sido impuestos a dos superdreadnoughts, *La Vanguardia*, hace tres años, siendo ministro del Almirantazgo Mr. McKenna, y el *Iron Duke* al últimamente botado en Portsmouth por Mr. Winston Churchill.

JOAQUÍN MALATS

Victima de una larga enfermedad que desde hace años minaba su existencia y le privaba casi en absoluto de dedicarse al piano, ha fallecido en esta ciudad el eximio pianista Joaquín Malats, una de nuestras más legítimas glorias artísticas, tan querido y admirado en nuestra patria como fuera de ella.

Malats nació en Barcelona en 1872, y aquí recibió su primera instrucción musical bajo la dirección del notable maestro Sr. Goberna, con quien estudió el piano, hasta que ingresó en la Escuela Municipal de Música. En ésta recibió las lecciones del inolvidable maestro, del ilustre pianista don Juan B. Pujol, poniéndose muy pronto al frente de todos sus discípulos por sus excepcionales dotes y por el entusiasmo con que realizó sus estudios.

Terminados sus cursos en aquella Escuela, en la que ganó los mayores premios y conquistó los más altos honores, nuestro Ayuntamiento le pensionó para ir a perfeccionarse en el Conservatorio de París, en el que ingresó en 1889, entrando en la clase superior de Beriot.

También allí alcanzó señaladas distinciones y cuatro años después concluyó sus estudios, ganando el primer premio de piano.

Pero así como otros artistas, también primeros premios,

al abandonar aquel centro de enseñanza se durmieron sobre sus laureles, dejando de estudiar con el entusiasmo con que lo hicieran antes de obtener la recompensa codiciada, Malats, al salir del Conservatorio, sintió mayor ardor todavía por el estudio y realizó prodigiosos esfuerzos para lograr la celebridad con que siempre había soñado.

Diez años después, efectuó en aquel Conservatorio el concurso para el premio instituido por el maestro Diemer, consistente en una importante cantidad en metálico y al cual podían optar únicamente los exalumnos primeros premios vencedores en las oposiciones celebradas durante los diez años últimos.

Malats, viendo que reunía todas las condiciones que en la convocatoria se exigían, decidió acudir al concurso anunciado y aunque hubo de competir con verdaderas notabilidades, triunfó en toda la línea. La pieza que ejecutó en aquella ocasión fueron los *Estudios sinfónicos* de Schumann y tan admirable fué la interpretación que supo dar a la difícilísima obra, que el Jurado, compuesto de eminencias pianísticas, hubo de proclamar unánimemente la superioridad de nuestro compatriota sobre todos los demás opositores y de concederle el disputado premio. Esta victoria era tanto más importante cuanto que su cualidad de extranjero podía hacer temer que sus méritos artísticos pudieran ser postergados ante otras consideraciones que, aun sin tener que ver nada con el arte, suelen prevalecer en no pocos casos, en daño de la justicia.

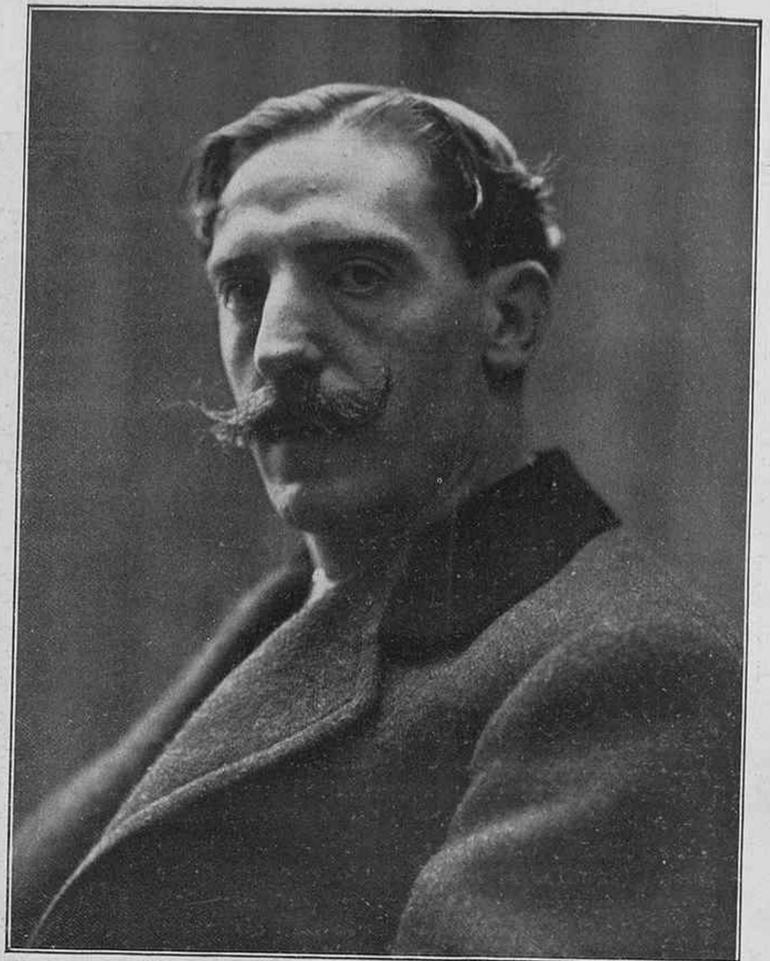
Aquella victoria acreció grandemente su notoriedad, y el nombre de Malats, que ya era ventajosamente conocido en su patria, lo fué también en el extranjero. Sus *tournees* artísticas fueron verdaderamente triunfales: en las más importantes capitales de España, de Europa y de América obtuvo los más ruidosos éxitos, siendo por doquiera proclamado uno de los primeros pianistas del mundo.

Su enfermedad obligó a renunciar a aquellas excursiones y ni siquiera le permitió desempeñar la cátedra que se le confió en el Conservatorio Nacional de Música.

Malats fué un apasionado del piano y un gran pianista. Tuvo personalidad y estilo propios, dominaba el instrumento y obtenía de él efectos imponderables. No era sólo un virtuoso, un ejecutante, era un artista en toda la extensión de la palabra. Dotado de un mecanismo prodigioso que le permitía vencer las mayores dificultades, no era sólo su ejecución brillante lo que entusiasmaba a cuantos le oían, sino la maestría con que interpretaba las obras de los grandes maestros, desde los clásicos hasta los contemporáneos. Sus dedos, realizando verdaderos prodigios, hacían percibir con claridad meridiana los pasajes más abstrusos; pero, además de esto, su temperamento artístico, ahondando en aquellas obras, adivinando los pensamientos del compositor, identificándose con éste, hacía sobresalir por encima de todo el alma de las composiciones que ejecutaba, sin que nunca el afán del propio lucimiento le hiciera sacrificar el carácter propio que a aquéllas quiso imprimir el autor. La interpretación del poema *Iberia*, del malogrado Albéniz, es una demostración evidente de lo que

decimos y fué uno de los últimos y más grandes triunfos del artista cuya muerte hoy lloramos.

El sentimiento producido por la muerte de Malats ha sido

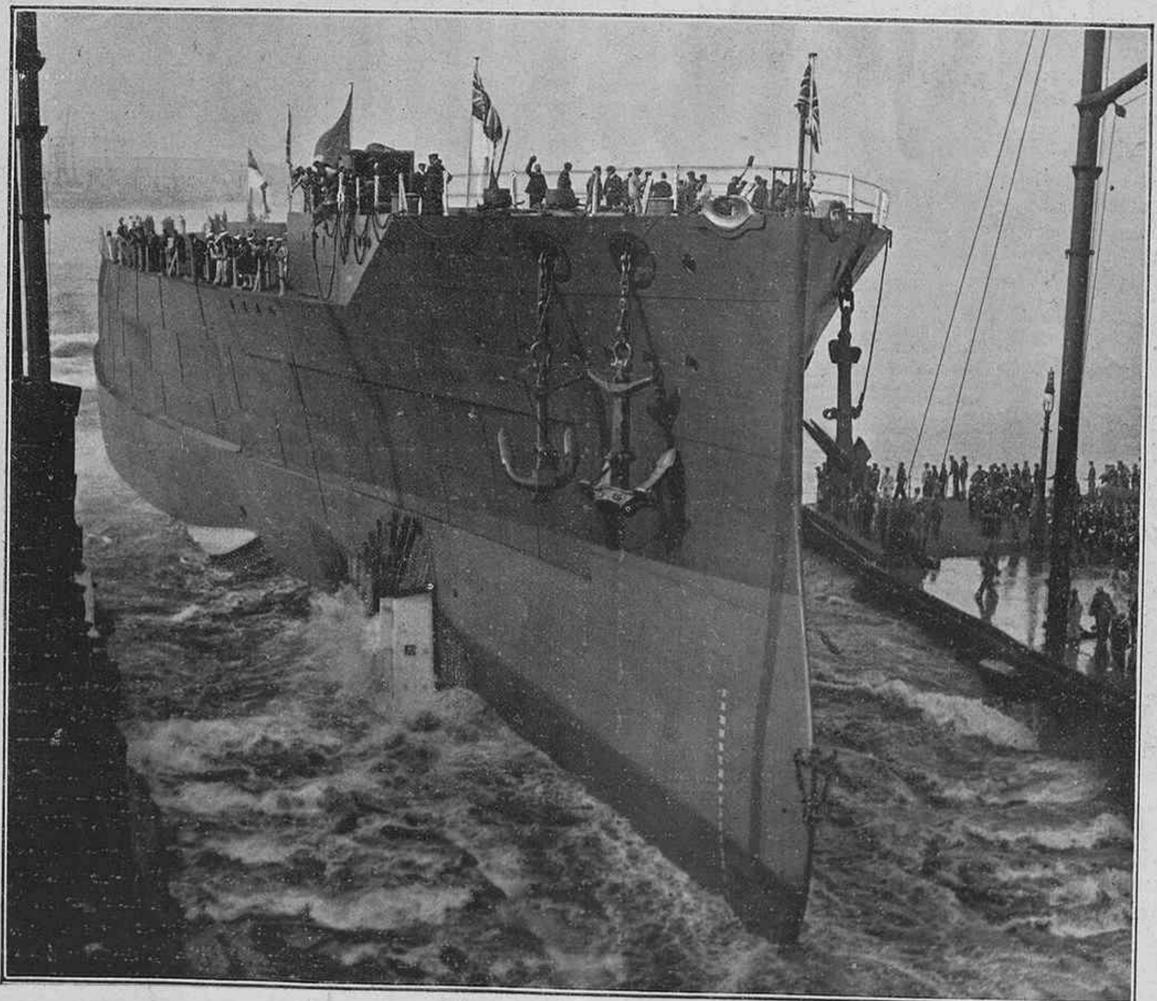


El eminente pianista Joaquín Malats, fallecido en esta ciudad el día 22 de los corrientes. (Fot. de Audouard.)

tan hondo como unánime. La prensa toda de Barcelona y de Madrid le han dedicado artículos entusiásticos reconociéndole como a uno de los primeros pianistas contemporáneos.

Su entierro fué una grandiosa manifestación de duelo, labiéndolo presidido, en unión de los individuos de la familia, el alcalde Sr. Sostres, el diputado provincial D. Joaquín Cabot y Rovira, en representación del presidente de la Diputación, y el gobernador civil Sr. Sánchez Anido. Asistieron, además, nutridas representaciones de la Escuela Municipal de Música, del Orfeo Catalá, de la Asociación Musical, de la Academia Granados, del Círculo Artístico, del Conservatorio del Liceo, de la Asociación Wagneriana y numerosos profesores de música, artistas, literatos, etc.

¡Descanse en paz el ilustre y malogrado artista!



El superdreadnought inglés «Iron Duke», el mayor buque de guerra del mundo, recientemente botado al agua en Portsmouth. (De fotografía de Carlos Trampus.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



—¡Conque confesas, malvado!, gritó el comandante avanzando, con el bastón en alto, hacia su hijo

—¿Era de esto de lo que quería usted enterarme?, exclamó el anciano respirando algo más libremente. Porque el pobre hombre pensaba ya: «La falta que se censura en mi hijo no es de las que puedan deshonrar; sólo la ha cometido conmigo y la ha cometido para asegurar mi consentimiento a un matrimonio de inclinación.»

Y tímidamente añadió:

—Caballero, no excuso, ni pretendo atenuar la

gravedad de una mentira que juzgo tan severamente como la juzga usted mismo; pero esta falta es menos odiosa cuando no tiende a un fin reprochable... Mi hijo amaba a una muchacha sin nombre y sin fortuna...

—No, Sr. de Queyrel, dijo tristemente Claudio, cuyo corazón compasivo oprimíase a la vista de aquel padre tan amante y tan confiado todavía, a quien iba a inferir un golpe terrible, tanto más terrible cuanto

menos esperado... No, caballero, su hijo de usted no ama a una joven sin nombre y sin fortuna. La señorita con quien está en vísperas de casarse tendrá un día un apellido ilustre y será la heredera de una fortuna que se considera inmensa.

—¿Y por qué me lo ha ocultado?

—Porque es el único que lo sabe..., es decir, el único no, ya que él lo sabe por habérselo dicho un miserable que detenta los documentos que prueban

el origen y aseguran los derechos sucesorios de la señorita Rolanda Casteras. Esta misma ignora la intriga tramada en torno suyo y no le restituirán su nombre hasta que esté casada para robarle entonces su fortuna.

—¡Y mi hijo es cómplice!.. No, debo haber comprendido mal, ¿no es verdad? Mi hijo no puede haber cometido la acción que usted dice...

Y al ver que Claudio inclinaba silenciosamente la cabeza, con ademán afirmativo, añadió:

—Explíqueme usted, en nombre del cielo... Me dice usted, en pocas palabras, cosas extrañas, incomprendibles, abominables...

—Extrañas y abominables, sí, Sr. de Queyrel, pero fáciles de comprender si me otorga usted la paciencia que desde un principio le he pedido... Concédame usted, se lo suplico, un poco de atención y le referiré muy brevemente la historia de la señora de Aspremont.

—¡De Aspremont!.., balbuceó el comandante.

—Sí, de la señora a quien usted conoce sólo por el nombre de Casteras.

El relato no fué largo. El Dr. Claudio, con su voz grave y compadecida, resumió la aventura que, desde hacía diez y siete años había convertido en dos desgraciadas sin posición y sin nombre a la esposa y a la hija del teniente Rolando de Aspremont. Refirió luego la escena de que Cesáreo Honorat había sido testigo en las Rocas Negras y terminó diciendo:

—Al enterarme por ese honrado Cesáreo de lo que al fin me daba la clave de la abominable intriga urdida contra esas pobres mujeres; al ver cómo se destacaba en plena luz el triste personaje que se sirve de su hijo de usted como de un instrumento... de un instrumento inconsciente, así quisiera esperar todavía, pero de un instrumento de rapiña y de robo, porque se trata de un doble robo, caballero, el de una fortuna y el de una joven; al enterarme de todo esto, no vacilé y envié a usted el telegrama, señor comandante.

—Y yo se lo agradezco humildemente, señor doctor, respondió el anciano con voz entrecortada por la vergüenza, pero que la cólera hacía temblar.

Había escuchado, sin interrumpirlo, aquel relato durante el cual se derrumbaban lamentablemente sus altiveces de padre... todas sus esperanzas... todas sus ilusiones... Aquel hijo, su alegría, su orgullo, veíalo tal como era despojado de su falaz atavío, en toda la desnudez de su degradación. Aquel hijo por el cual se privaba desde hacía tantos años y con gusto, hasta de lo estrictamente necesario...

Porque el comandante era pobre. Anciano militar sin fortuna, porque los de Queyrel eran soldados de padre a hijo y el uniforme militar no enriquece a los que lo llevan al través de los campos de batalla, no tenía para vivir más que su modesta pensión de retiro. ¡Y por quién hacía aún más reducida aquella pensión, dándole las tres cuartas partes de ella! ¡Por quién se privaba de lo que habría podido hacer algo más cómoda, algo menos parsimoniosa y austera su vejez! Por aquel hijo único, adorado, de quien decía con orgulloso cariño: «Será un artista... un gran artista...»

¡Un artista! El nombre con que merecía ser designado era el que mancha con una marca de infamia a los hombres bastante viles e infames para vivir a costa de las mujeres. Y aun había más. Aquel hijo era más que vil. Habíase asociado con un malhechor, digno de ser llevado a los tribunales, para cometer una felonía, que había comenzado por un robo y había de terminar con una estafa colossal... la estafa de una fortuna...

Sólo con que el Dr. Lecoutellier hubiese dicho una palabra al procurador de la República, el nombre de Queyrel habría sido arrastrado ante un tribunal.

Y en este derrumbamiento de lo que más quería y respetaba, en medio de este desastre infinito, repetía temblando de vergüenza y de cólera:

—Sí, se lo agradezco humildemente porque no soy más que un pobre hombre que no tiene derecho a alzar la frente.

—¡Qué dice usted, mi comandante! Las faltas son personales.

—Pero los padres son responsables de los hijos a quienes han vigilado y querido mal.

—A Dios gracias, llegamos aún a tiempo. La mala acción no se ha cometido todavía.

—Sin embargo, hoy debía cometerse esa infamia.

—No; hoy no se ha realizado lo irreparable, porque yo he acudido a lo más urgente.

—¡Ah, gracias, gracias, caballero! En medio de mi dolor, de mi desesperación, me habrá usted siquiera evitado una nueva desesperación y un remordimiento... Y ahora, ¿qué espera usted de mí?

—Voy a decírselo, señor comandante.

Larga fué la conversación de aquellos dos hombres a quienes una misma indignación de probidad y de honor, una misma cólera, una misma resolución atraían el uno al otro, por virtud de ese instinto que hace que las personas honradas se reconozcan muy pronto.

Dos horas más tarde, duraba todavía. Para aquel padre, salpicado de la vergüenza que su hijo hacía llegar hasta él; para aquel padre herido quizás más cruelmente en su amor que en su orgullo, tenía ahora Claudio palabras que procuraban confortar, animar, infundir esperanza en un porvenir menos desconsolador. Pero el comandante de Queyrel no era de esos hombres que, una vez secos los ojos, se satisfacen con vanos consuelos ni con frívolas esperanzas. Además, ahora que poco a poco se iba serenando, que al estupor del primer momento había sucedido alguna mayor sangre fría y acaso también algún mayor dolor, aquel anciano veletudinario parecía acordarse de lo que en otro tiempo había sido y detrás del padre desesperado comenzaba a reaparecer el soldado inflexible. Veíasele ahora, olvidado de sus achaques y del cansancio de aquel largo viaje realizado de un tirón y sin pensar en el reposo a pesar de lo avanzado de la noche, erguir su cuerpo encorvado, que debió haber sido alto e imponente.

Bajo la impresión de ciertas palabras del doctor, de ciertos recuerdos evocados, de ciertas visiones rápidas del porvenir o del pasado, rubicundeces repentinas animaban su rostro, su voz hacíase por momentos seca y autoritaria como en los tiempos en que mandaba y también castigaba, y ante Claudio aparecía un hombre nuevo, un hombre de voluntad, de energía y hasta de violencia.

Y el doctor decía:

—Este hombre, como ya suponía y como ahora estoy seguro de ello, será el más ardiente y el más temible de los aliados que van a ayudarme en la batalla.

El tiempo avanzaba; pronto amanecería y era llegado el momento de poner término a aquella entrevista que iba tomando el carácter de una vela de armas.

—Mi comandante, dijo Claudio, ¿estamos enteramente de acuerdo?

—Sí, señor doctor.

—Pues entonces, hasta mañana.

—A primera hora.

—Y ahora, ya sabe usted todo lo que sé yo mismo; no ignora usted ninguna de las razones que me han movido a recurrir a usted... También le he dicho el afecto inmenso que siento por esa joven, por esa querida y valerosa Rolanda...

Vaciló, pero con la franqueza propia de su lealtad, añadió:

—... Y también por su madre.

—Lo he visto y comprendido todo.

—Y no guardará usted ningún resentimiento contra quien, sin vacilar, ha apelado...

—Ninguno. Al contrario, el único sentimiento que experimento es el de una gratitud dolorosa, pero profunda... Me ha quitado usted una venda de los ojos... Gracias, muchas gracias, caballero... Porque gratitud infinita debemos al que nos ha mostrado dónde está el abismo... el abismo de lodo... Y ahora que lo he visto...

No dijo más, pero estrechó febrilmente la mano que Claudio le tendía.

—En este caso, Sr. de Queyrel, demuéstreme la sinceridad de sus palabras, aceptando por unas horas la hospitalidad que de todo corazón le ofrezco.

—Pero, caballero... tanta molestia, cuando me es tan fácil...

—¿Está usted seguro de que le sería tan fácil?... Al bajar del tren, ha venido usted aquí...

—Directamente.

—Sin detenerse en algún hotel para dejar su equipaje.

—¡Mi equipaje!.. Sólo he traído una maleta con algunos objetos indispensables.

—¿Y dónde la ha dejado usted?

—Depositada en la estación.

—Pues ya comprenderá usted que a la una de la madrugada, no se echa uno a buscar, en París y sin equipaje un hotel... Se expondría usted a que lo rechazaran, al paso que aquí tengo un cuarto a su disposición.

—Pues bien, acepto, señor doctor; y acepto sobre todo porque así mañana, es decir, hoy, podremos reunirnos más temprano y comenzar...

—La batalla, dijo Claudio con su sonrisa compasiva. La tenemos ganada de antemano... Y en cuanto al herido que a usted tanto interesa, yo estaré allí para aplicar el cauterio a la herida... y acaso para curarle.

—La gangrena no se cura, respondió el anciano frunciendo el ceño.

Y con su paso lento y pesado, siguió al doctor, que le acompañó a la única habitación de que podía disponer, a la que su piedad filial tenía siempre dispuesta como si de un momento a otro hubiese de volver a ella su pobre querida muerta.

—Es el cuarto de mi madre, Sr. de Queyrel; nadie lo ha habitado desde que ella murió. Es para mí como un refugio en donde me gusta revivir el pasado envuelto en su querido recuerdo. Es usted la primera persona a quien doy hospitalidad en él; y me considero dichoso recibiendo a usted en este aposento.

Pronunció estas palabras con una emoción intensa que se comunicó indudablemente al comandante, porque éste con voz conmovida preguntó:

—¿Y hace mucho tiempo que ha muerto?

—No; todavía llevo luto por ella.

—¡Pobre señora!.. La compadezco por haber perdido la dicha de un hijo como usted.

Y añadió inclinando la cabeza y lanzando un suspiro:

—Dios no hace bien las cosas, Sr. Lecoutellier. No son las madres felices quienes debieran morir prematuramente, sino los padres condenados a la desesperación...

VII.—EL HIJO

Ludovico estaba todavía en la cama, cuando le despertó con sobresalto un campanillazo violento, imperioso. Habíase acostado bastante tarde, después de un día de espera y de enervamiento, y de una noche en que por vez primera, desde hacía mucho tiempo, y obligado por la voluntad formal de Delorme de que no se moviese, no había podido ir a casa de Francina.

Cierto que había enviado a su amiga un billete en el que, en lenguaje telegráfico, le decía: «Boda aplazada para mañana. Imposible ir a verte. Padrino me retiene para asuntos importantes.» Pero de antemano sabía que Francina no encontraría satisfactoria la razón alegada y que su próxima entrevista sería tanto más borrascosa cuanto que aquella terca criatura no querría creer ni una palabra de lo que, sin embargo, era verdad.

Y su malhumor por este lado añádase a la inquietud que por el otro sentía, aquella inquietud que había ido en aumento a cada hora de aquel interminable día de espera. El silencio de las señoras Casteras y su claustración inverosímil continuaban y se hacían cada vez más inexplicables.

Delorme, desde la aventura de la mañana, había subido diez veces al taller, la última poco antes de media noche, cuando quedaba ya bien probado que aquel día nada había que esperar. Y cada vez a su breve pregunta:

—¿Qué ocurre?

Ludovico había contestado.

—Nada nuevo.

Oyendo lo cual, el padrino había dado media vuelta y tomado otra vez la puerta repitiendo siempre la misma frase, pero cada vez más rabiosamente dicha:

—Entonces, hasta luego.

Excepto en la última visita en la que había puesto una variante a la despedida, no por esto menos laconica:

—Entonces, hasta mañana por la mañana.

Y cada vez Ludovico había notado en su asociado un deseo, una impaciencia que por grados aumentaba. No la impaciencia por saber noticias de aquellas mujeres y del matrimonio suspendido, sino la impaciencia de acabar con lo que él sin duda consideraba como una espera inútil... que él prolongaba, porque nunca se sabe lo que puede ocurrir, pero que un convencimiento cada vez más profundo le decía que no debía conducir a nada.

Y entonces recordaba Ludovico las aterradoras palabras de Delorme:

«Emprenderé otro camino en el que para nada necesitaré a usted y en el que usted no podrá servirme ni perjudicarme.»

Lo que equivalía a decirle claramente:

«Ya no tiene usted nada que ver en el negocio... Le suelto a usted sin vacilar y le desafío a que me comprometa... Diga usted lo que se le antoje, prevenida usted a quien quiera; todo me tiene sin cuidado y nada me impedirá llevar a feliz término mi nueva combinación para hacerme con los millones del padre de Aspremont.»

De suerte que se veía abandonado por su padrino, descendido desde las alturas de millonario en que había soñado al abismo de la miseria del que creía haber salido definitivamente, y siempre, a pe-

sar de todo, a la merced de aquel canalla que le tenía agarrado por el pescuezo no con los cinco dedos de su mano de bandido, sino con los cinco pagarés falsos que obraban en su poder.

Y él, en cambio, ¿qué podía contra aquel ladrón de estados civiles y de arcas de caudales? Nada. Delorme era más hábil que él y de sus fechorías propias o de sus fechorías comunes no había dejado la menor señal; y si al día siguiente emprendía solo la caza de la fortuna de los Aspremont, si entonces la suerte le era propicia, él, Ludovico, vería pasar por delante de sus ojos los millones, sin poder siquiera gritar: «¡Al ladrón!»

Meditando sobre todo esto había estado aquella noche, tan melancólico como radiante se acostara la víspera. Y una vez en la cama, sin poder conciliar el sueño, había evocado otros recuerdos más lejanos y a su memoria habían acudido la casa de Saint-Raphael, cuyo humilde jardín perfuman las mimosas, y el anciano que por él se pasea cojeando y apoyado en su grueso bastón... El pobre viejo que todos los meses envía los cuatro o cinco lises que quita de su modesta pensión de retiro; que se hace ilusiones, que cree más cosas..., y que no sospecha que desde hace cinco años un de Queyrel vive en París de vergonzosos expedientes, asociado a un Delorme y haciendo con éste lo que conduce directamente a... Aquella idea que no acababa de expresar le daba escalofríos, y no obstante le acosaba sin cesar y con ella ese terror del sitio adonde se va indefectiblemente cuando a uno le empuja un Delorme...

En todo esto había pensado durante una parte de la noche..., en esto y en otras muchas cosas hasta que el sueño acabó por llegar, como llega siempre, necesariamente, cuando se tienen veinticinco años, un buen estómago y la conciencia bastante embotada para llevar, a despecho de algunos remordimientos platónicos los días de mala suerte, la vida que llevaba el hijo del comandante de Queyrel.

Así es que cuando le despertó bruscamente el campanillazo, tardó algunos segundos en reunir sus ideas; pero pronto se puso sobre sí.

«Sólo Delorme puede llamar de este modo», pensó.

Y mirando el reloj que tenía encima de la mesa de noche, se dijo:

—¡Las siete! Lo que es hoy no me habré retrasado. ¡Vaya un madrugón! Y para que el padrino venga tan temprano, menester es que ocurra alguna novedad... algo bueno, tal vez.

Y animado por aquella idea de que el negocio quizás no había fracasado, Ludovico púsose el pantalón, calzóse las babuchas y con los ojos hinchados todavía de sueño, fué a abrir.

¡Santos cielos! ¡Delante de aquella puerta abierta aparecía su padre! Su padre, con un semblante y unos ojos que él nunca le había visto, y acompañado de un desconocido, un hombre alto, que ostentaba en el ojal, lo mismo que el comandante, la roseta de la Legión de Honor.

Ludovico, estupefacto, aterrado, quedóse inmóvil, mudo; tembláronle las piernas y un sudor frío bañó sus sienes. Ni siquiera se le ocurrió apartarse para dejar paso a sus visitantes. Pero de pronto se estremeció al oír una voz, que con ser la de su padre nunca había oído, y que le decía, más bien le ordenaba, con terrible acento:

—¡Nos dejarás entrar, al fin!..

Y con un ademán de desprecio y a la vez de cólera, el comandante pareció apartar con la punta de su grueso bastón al que obstruía el paso, mientras aquella misma voz dura, sibilante, decía:

—Tenga usted la bondad de entrar, Dr. Lecoutellier.

Claudio entró sin decir palabra y detrás de él, después de haber cerrado violentamente la puerta, penetró también en el taller el comandante.

Hubo unos momentos, que parecieron un siglo, de ansiosa opresión y de terrible silencio. Ludovico, al oír pronunciar el nombre del que acompañaba a su padre perdió su última esperanza, si alguna le quedaba todavía. El Dr. Lecoutellier estaba de vuelta y sabía o por lo menos sospechaba toda su intriga; por consiguiente el comandante había sido puesto por él al corriente de todo. Su llegada simultánea; el viaje de su padre efectuado tan en secreto; la actitud que veía en los dos y que era la actitud de unos adversarios, de unos jueces, no le permitían abrigar ninguna duda: iba a tener lugar una explicación. Y una explicación espantosa que degeneraría en escena violenta y de la cual sabe Dios lo que podría resultar.

Pero Ludovico, en su alma viciada, comenzaba a familiarizarse con aquella temible situación y su espanto mismo le inspiraba una idea de lucha, de resistencia.

Después de todo, ¿qué podían echarle en cara? Algunas mentiras..., algunos actos sospechosos... Pero, ¿con qué objeto había cometido estos actos y dicho aquellas mentiras? Con un objeto que nada tenía de vergonzoso; antes al contrario, que era de todo punto desinteresado: con el de casarse con una joven de la cual iba a afirmar a pie y a caballo que no tenía nada, que él ya lo sabía y que no esperaba tocar nunca un céntimo de los millones de Aspremont... Porque no iba a ser tan imbécil que confesara la situación futura de Rolanda y que descubriera el secreto de Delorme, secreto que ni su padre ni el Dr. Lecoutellier podrían siquiera sospechar. Nada diría de los documentos que poseía su padrino y toda su labor en aquella ocasión se reducía a no apartarse de su papel de enamorado. Y, ¡qué diantre! El amor todo lo disculpa, hasta las peores ligerezas, hasta los expedientes más equívocos; y el amor legítimo, el amor que quiere casarse y, sobre todo, el amor desinteresado aún tiene derecho a mayor indulgencia que el otro.

De manera que durante aquellos momentos de silencio, mientras el comandante procuraba dominar sus nervios y recobrar su serenidad, Ludovico encontraba un poco de presencia de ánimo que le daba alientos para representar la comedia, no con objeto de engañar a Rolanda, pues harto comprendía que el matrimonio era cosa deshecha, sino de quedar lo menos mal posible con su padre. Y quién sabe si todavía pensaba salir del lance con los honores de la guerra.

Así es que cuando de los labios contraídos del comandante salió esta pregunta:

—¿No me esperabas, verdad?

Él contestó con voz que se esforzaba por aparentar tranquila:

—No, padre mío... Como me había usted escrito que no pensaba salir de Saint-Raphael...

—He mudado de parecer y me he dicho que no podía faltar a la fiesta de familia. Si no estoy mal informado, aun llevo a tiempo.

Y con acento de indecible ironía, añadió:

—Porque creo que se ha aplazado.

—Ese caballero, dijo Ludovico montando en cólera ante aquel tono de burla y señalando al doctor, debe haber informado a usted acerca de este punto, así como acerca de la persona para casarse con la cual he pedido a usted permiso... La conoce mucho y sus informes han debido ser excelentes.

—En efecto, después de su regreso, que sin duda ignorabas...

—Sí, lo ignoraba, y él me explica muchas cosas...

—Después de su regreso, el Sr. Lecoutellier ha podido explicar muchas cosas más a esas personas a quienes te disponías a explotar...

—¡Explotar a la señora y a la señorita Casteras!.. No le comprendo a usted.

El comandante se estremeció, pero a un ademán de Claudio logró de nuevo contenerse y con una calma más temible que la violencia, replicó:

—Páreceme que pronto me comprenderás mejor... De momento, te ruego que contestes a esta pregunta: ¿quién es ese vizconde de l'Orme que se permite llamarse tu padrino?

Ludovico esperaba aquella salida; el doctor debía haber hablado seguramente de Delorme. Pero para aquella pregunta de su padre tenía preparada una respuesta posible:

—La diferencia de edad entre el Sr. de l'Orme y yo explicaba ese calificativo amistoso que en un principio fué una broma y luego se hizo una costumbre...

—Y continuó siendo un engaño, porque ese hombre se hace pasar por tu padrino verdadero. Y por añadidura se permite hablar de mí como si fuéramos amigos íntimos, y te trata como a hijo adoptivo, anunciando que algún día será tuya su fortuna... ¿Y de cuándo arranca esa amistad paternal de la que nunca tuviste por conveniente hablarme?

—Data de muchos años... El Sr. de l'Orme se interesó por mí..., por mis trabajos...

—¿Se puede saber qué trabajos son éstos?

—Pues..., mis trabajos de pintura...

—¿Los que de un momento a otro habías de ir a comenzar en España?

A despecho de su fingido aplomo, Ludovico sintió que se sonrojaba.

—Veo, padre, que está usted muy al corriente... Pero a usted debo decirle la verdad: los trabajos a que usted se refiere, y que son imaginarios, lo reconozco, me sirvieron de pretexto para llegar hasta la señorita Casteras, con la que no tenía relaciones y que produjo en mí una impresión..., muy profunda.

—¿Ella o su fortuna?

—¿Su fortuna? Van ya dos veces que hace usted sobre esto una alusión que no comprendo.

—¡Me dejas asombrado! Pero, sea. Quedamos en que para trabar conocimiento con esa joven tú..., o, mejor dicho, tu supuesto padrino ha empleado este medio de filibustero..., y que, una vez puesto ya en relaciones has apelado a un recurso de bandido para hacer el matrimonio inevitable...

Ludovico, cada vez más sonrojado, guardaba silencio. El comandante prosiguió dirigiéndose a Claudio y alzando la voz por momentos:

—Usted, señor doctor, no comprende sin duda mis palabras; pues bien, aquí tengo cartas de ese miserable, suplicándome que autorizara aquel matrimonio, al que yo me negaba porque tenía el presentimiento de que todo era una villanía..., cartas en las cuales me decía que esa joven había faltado por él a todos sus deberes y tenía su honra en peligro...

—Sr. de Queyrel, dijo Claudio interrumpiéndole; dejémonos de esas escaramuzas que nos harían perder la sangre fría que tanto necesitamos... Esa infamia ya me la ha revelado usted y su indignación ha sido tan violenta como la mía cuando ha sabido cuál pureza era mancillada por la calumnia de un desgraciado, digno más bien de compasión que de desprecio.

—¡Caballero!, exclamó Ludovico. No le reconozco derecho para...

¡Ah! Aquella era ya demasiada audacia; la última frase, la última bravata de Ludovico había hecho rebosar la medida.

—Sí, gritó el comandante con voz de trueno. Esta comedia cínica ha durado ya bastante... Acabemos de una vez, miserable... Hace cinco años que llevas una vida de ocio, de libertinaje, de abyección; y en esa sociedad de gente perdida que frecuentas y en la que te arrastras en medio de los vicios más acallados, has encontrado un bandido que te ha propuesto un negocio magnífico... Dos mujeres a quienes despojar, lo cual entraba en tu especialidad..., dos mujeres a quienes se trataba de desesperar, de hacer morir de hambre para que se os rindieran a discreción... Y entonces comienza vuestra obra de bandidos y robáis la correspondencia del Dr. Lecoutellier...

—¡Es falso!

—¿Quieres que llame a los porteros de esta casa que están dispuestos a declararlo?

—Ya lo declararon anteanoche en la Prefectura de policía, dijo Claudio en un tono que no consentía discusión ni escapatoria.

—¡No fui yo!, balbuceaba Ludovico.

—Después, prosiguió el comandante cada vez con más violencia, escribiste un anónimo a la directora de un pensionado...

—¡No fui yo!

—Un anónimo que iba a quitar su sustento a esas desgraciadas.

—¡Que me enseñen ese anónimo y se verá que no lo escribí yo!

—En efecto, está escrito por la misma mano que escribió la carta que alejó de su casa a la señora Casteras el día en que unos ladrones desconocidos...

—¡Es falso, es falso!

—¿Desconocidos?, dijo Claudio. Lo dudo, señor comandante.

Y hundiendo su mirada aguda hasta el fondo del alma de aquel ser que temblaba al verse desamparado, añadió:

—La casualidad, que entonces se llama Providencia, viene a veces en ayuda de las personas honradas.

Diciendo esto, y como si aquella Providencia de nuevo se manifestase, había visto detrás del hombre a quien envolvía con su mirada, un caballete de pintor puesto en el centro del taller, con una tela embadurnada con unos brochazos y en cuya tablilla de apoyo había una botellita medio llena de un aceite negruzco.

Y mientras con el dedo señalaba aquella pieza de convicción, prosiguió:

—Uno de los malhechores, para no hacerse daño en las manos, poco acostumbradas al manejo de los útiles de hierro..., sus manos, sin duda, demasiado blancas y cuidadas...

Ludovico, al oír esto, con un ademán instintivo, alocado, escondió las manos que tendía desesperadamente.

—Uno de los malhechores, siguió diciendo Claudio, había envuelto su palanqueta con una hoja de papel..., de un papel grueso..., de un papel que se emplea para dibujar.

—Y bien..., ¿qué pretende usted probar con esto?... quiso aún balbucir Ludovico. Papel de éste lo hay en todas partes, dijo poniéndose cada vez más lívido.

(Se continuará.)

LA BIBLIOTECA VATICANA

Terminadas las importantes obras de restauración realizadas por orden de S. S. el papa Pío X, ha sido abierta de nuevo al público recientemente la Biblioteca Vaticana, una de las más importantes de cuantas en el mundo existen.

Créese que esta biblioteca tuvo su origen en la formada por el papa San Hilario en el palacio Lateranense y que, andando el tiempo, fué transportada al Vaticano y enriquecida por diferentes pontífices. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la biblioteca alcanzó gran incremento durante el pontificado de Nicolás V, quien envió hombres doctísimos a Grecia, a la Germania y a otros países para la adquisición de libros raros.

Sixto IV aumentó considerablemente el número de códices y Sixto V mandó construir el edificio en que al presente hállase instalada y que se erigió según el proyecto de Domingo Fontana, quien para ello dividió en dos el amplio patio de Bramante llamado del Belvedere. El propio pontífice enriquecióla con nuevos manuscritos, decoró sus salas y le asignó mayores rentas de las que hasta entonces tuviera.

Sucesivamente fueron acreciendo esta biblioteca los manuscritos del elector Palatino, de los duques de Urbino, del marqués de Capponi, de la reina de Suecia y del duque de Fiano; los códices árabes, asirios, caldeos, etc., adquiridos por Clemente XI; las colecciones del cardenal Zelada y los libros reunidos por Pío VII; la librería arqueológica y artística del célebre Cicognara comprada por León XII, y la biblioteca del

cardenal Mai que adquirió Pío IX. Todas estas colecciones juntas forman un total de 126.000 volúmenes, de ellos 25.000 manuscritos, siendo, por consiguiente, la Biblioteca Vaticana una de las más

importantes del mundo, como al principio decimos, y acaso la primera en lo que se refiere a la antigüedad de sus códices.

De las varias salas que componen la biblioteca, la más importante es el llamado salón, que debe ser considerado como el cuerpo principal de la misma. Fué construído por orden de Sixto V, tiene 60 metros de largo por 15 y medio de ancho y está dividido en dos naves por medio de siete grandes pilastras, en torno de las cuales y en las paredes hay multitud de armarios en los que se guardan los códices. Encima de estos armarios hay una hermosa colección de jarros etruscos.

Adornan este salón numerosos frescos pintados por Viviani, Baglioni, Salviati, Salimbeni, Guidotti, Nebbia y otros, y que representan los de la derecha, debajo de la cornisa, los principales concilios ecuménicos, y los de la izquierda, las fundaciones de las más célebres bibliotecas de la antigüedad. Encima de la cornisa se admiran varias pinturas relativas a los principales hechos del pontificado de Sixto V. Entre los muchos objetos preciosos que adornan el salón, merecen ser especialmente mencionados: un jarrón de alabastro, regalo del virrey de Egipto Mehmet Alí a la Santa Sede; un crucifijo con la cruz de malaquita, regalo del príncipe Demidoff a Pío IX; dos jarrones de Sevres, regalo de Carlos X de Francia a León XII, y dos magníficos jarrones, regalo de Guillermo IV rey de Prusia a Pío IX.

El cuadro que adjunto reproducimos, de Melozzo da Forli, representa a Sixto IV confiando al célebre historiador Bartolomé Platina la dirección de la Biblioteca Vaticana, que desempeñó hasta su muerte.—S.



El papa Sixto IV confiando al historiador Platina la dirección de la biblioteca del Vaticano, cuadro de Melozzo da Forli que se conserva en dicha biblioteca



El salón principal de la biblioteca del Vaticano que ha sido recientemente objeto de importantes reparaciones ordenadas por S. S. Pío X (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

BERLÍN.—HOMENAJE AL DESCUBRIDOR DEL POLO SUR. (Fotografía comunicada por Carlos Trampus.)



Banquete ofrecido a Roald Amundsen (x), el descubridor del Polo Sur, después de una conferencia que dió en la Sociedad de Geografía de Berlín

En los primeros días del mes de marzo del presente año, todo el mundo científico conmoviase ante la extraordinaria noticia del descubrimiento del Polo Sur, realizado por el explorador noruego Roald Amundsen, el día 14 de diciembre de 1911

De las peripecias de aquel viaje de exploración tan brillantemente terminado, dimos cuenta minuciosa en los números 1.577 y 1.588 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, explicando entonces así el itinerario seguido por Amundsen y sus compañeros, como las penalidades sufridas por los expedicionarios hasta llegar a la ansiada meta.

Algún tiempo después, el famoso explorador llegaba a Europa, siendo triunfalmente recibido y organizándose grandes agasajos en honor suyo.

Roald Amundsen ha recorrido desde entonces las principales capitales europeas, dando

en las más importantes academias científicas interesantísimas conferencias sobre su glorioso viaje de exploración. conferencias que han causado la admiración de los hombres de ciencia más eminentes. La última de ellas es la que dió hace pocos días en la Sociedad de Geografía de Berlín y después de la cual fué obsequiado con un suntuoso banquete. Con Roald Amundsen ocupaban la mesa presidencial, a su derecha, el duque Ernesto II de Sajonia Altenburgo, el ministro de Comercio Sr. Sydow, el consejero privado Sr. Wahnschaffe y el ministro de Justicia Dr. Beseler, y a su izquierda, el ministro de Cultos Dr. Trot y el consejero privado profesor Dr. Penck, presidente de la Sociedad de Geografía; enfrente de él, estaban el vicealmirante Grapow, el consejero privado Dr. Meyer, el embajador de Noruega en Berlín Sr. Ditten y el Dr. Lenz, rector de la Universidad berlinesa.

HISTORIA GENERAL
DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO A
LAS SEÑORAS



EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

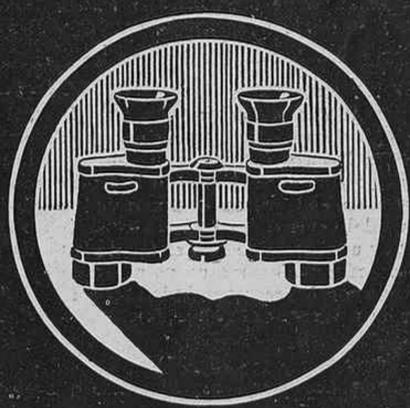
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

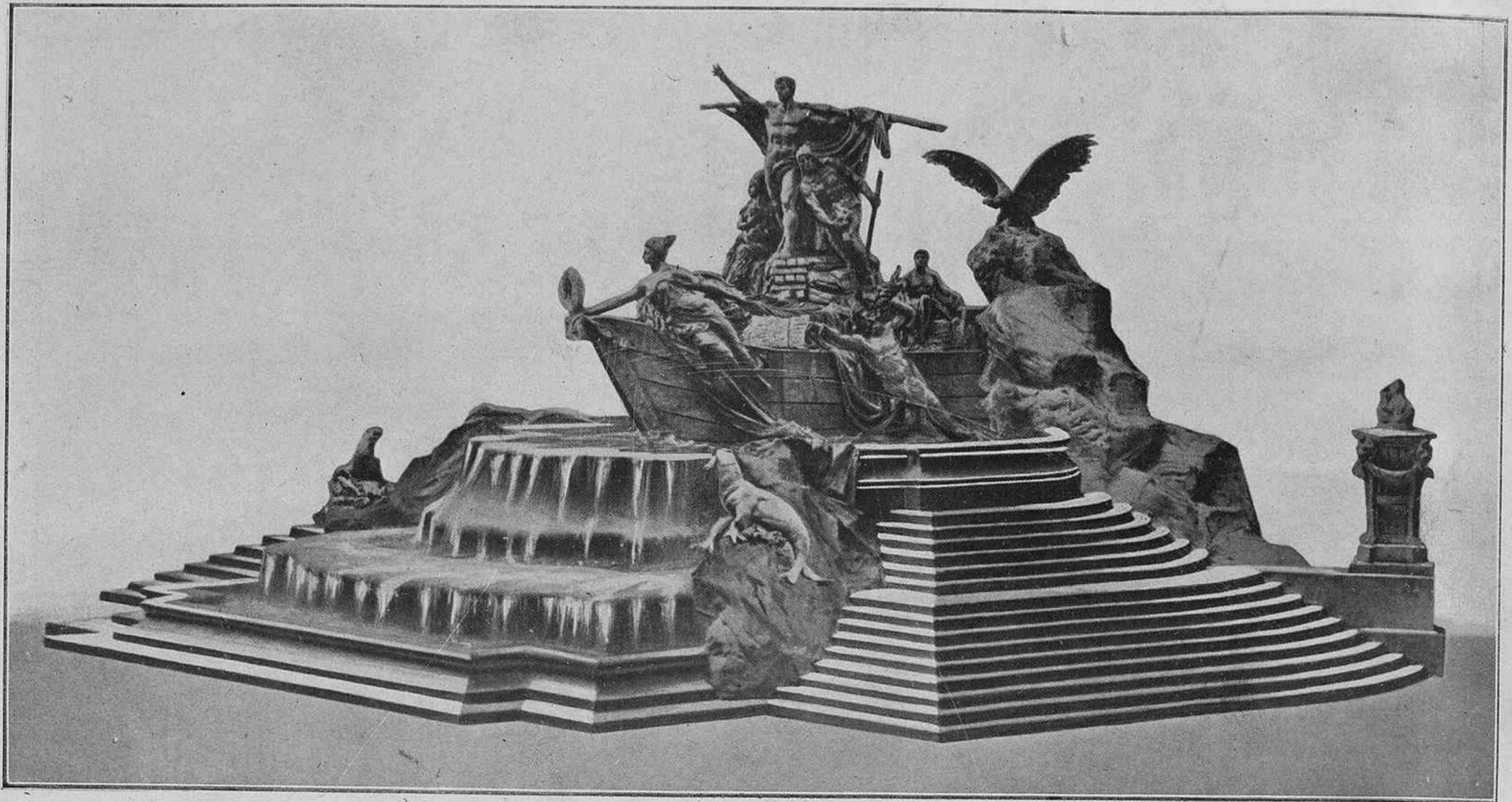
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.



ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero, el único Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

REGALO OFRECIDO POR LA COLONIA ALEMANA DE CHILE A LA REPÚBLICA CHILENA



Modelo de la fuente monumental regalada por la colonia alemana residente en Chile a la ciudad de Santiago, con ocasión del centenario de la independencia chilena

Esta fuente, obra del eminente escultor berlinés Gustavo Eberlein, ha sido solemnemente inaugurada el día 13 del actual. (De fotografía.)

Las colonias extranjeras residentes en las principales repúblicas sudamericanas quisieron asociarse a las fiestas por éstas celebradas con motivo del centenario de su independencia, levantando en sus capitales monumentos que perpetuaran sus respectivos homenajes.

Los alemanes de Chile encargaron la realización de su propósito al eminente escultor berlinés Gustavo Eberlein, una de las más grandes figuras del arte escultórico moderno; y el

artista ha ejecutado la magnífica fuente monumental, cuyo modelo reproduce el grabado adjunto, y que ha sido solemnemente inaugurada en Santiago de Chile el día 13 de este mes.

La obra de Eberlein es grandiosa en su concepción y en sus proporciones y es además de un hermoso efecto artístico, por la maestría con que están modeladas las figuras y por el acierto con que aparecen combinados con ellas los elementos decorativos y arquitectónicos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

EL ÚLTIMO HIDALGO, por *Angel Ruiz Pablo*. — La Librería Católica acaba de publicar la novela de este título, de carácter verdaderamente romántico, que interesa en extremo por retratarse magistralmente a uno de los personajes cuyo espíritu amante de lo pasado no acepta el moderno positivismo, con cuya tendencia rompe lanzas de continuo. Forma un volumen de más de 70 páginas, bien impresas, ilustradas por J. B. Fohn y A. Bley, engalanado con una bonita cubierta a dos colores, y se vende al precio de 1 peseta cada ejemplar.

PORTUGAL LITERARI, por *Ribera y Rovira*. — La conocida Biblioteca popular de «L'Avenç» acaba de enriquecerse con un nuevo volumen, cuya lectura interesará necesariamente a todos aquellos aficionados al movimiento literario portugués moderno. Figuran en el libro un resumen de las conferencias que dió acerca del tema que encabeza estas líneas el Sr. Ribera y Rovira y una serie de biografías de los escritores lusitanos contemporáneos. Forma un volumen de más de 250 páginas, ilustrado con los retratos de los biografiados, y véndese al precio de 1 peseta cada ejemplar.

MEMORIA PUBLICADA POR LA JUNTA DIRECTIVA DEL CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA EN 1911. — Hemos recibido un ejemplar de la Memoria anual de esta importantísima Sociedad circulada a los señores socios de la misma en 1911, en la que figura la relación minuciosa de los actos realizados durante el año transcurrido, actos en que ha tomado parte, méritos contraídos, situación económica y cuantas noticias pueden dar a conocer la significación e importancia de aquel Centro, que tanto honra a la madre patria, finalizando con la lista, muy numerosa, de señores socios, y el proyecto del amplio y suntuoso edificio social que proyectaba construir en la capital de la Isla de Cuba.

NOVELAS EJEMPLARES, por *Miguel de Cervantes*. — Formando parte de «La Colección española Nelson», que publican los editores Thomas Nelson and Sons, de Edimburgo, se ha publicado un elegante volumen conteniendo las celebradas *Novelas ejemplares* del inmortal Cervantes, de las cuales no podemos decir más sino que son una de las joyas de la literatura española. Forma un volumen de más de 300 páginas, elegantemente encuadernado, y se vende al precio de 1'25 francos cada ejemplar.

MONTSERRAT, por *Dña Dolores Monserrád de Maciá*. — Cuidadosamente editada por D. Miguel Casals, de la Libre-

ría Católica de esta ciudad, acaba de publicarse la hermosa novela de costumbres catalanas, vertida al castellano por Doña María de M. V. de B., la obra cuyo título encabeza estas líneas, de indiscutible y creciente interés e inspirada en principios de la más sana moral, cualidades que hacen que el libro de referencia sea verdaderamente recomendable. Forma un volumen de 230 páginas, engalanado con una artística encuadernación e ilustrado con bonitas láminas dibujadas por la conocida artista señorita Luisa Vidal, y se vende al precio de 2'50 pesetas cada ejemplar en rústica y de 3'50 encuadernado.

TABLA DE CIFRAS para averiguar, con la mayor rapidez, la cabida de las barricas y cubas, con instrucciones y ejemplos para medir toda clase de vasijas usuales en las Cervecerías, grandes depósitos y fábricas donde se operan las destilaciones, etc., por *Trino Eguilegar*. — Esta nueva obra de verdadera utilidad, que acaba de publicar el editor de Madrid Sr. D. P. Orrier, es en realidad de creciente interés, según se expresa en el subtítulo de la misma, a los cosecheros, depósitos de líquidos, aforadores, etc., pues hay que reconocer al autor verdadera competencia, ya que desempeña el cargo de aforador del Depósito Provincial de Guipúzcoa. Véndese al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar en rústica y 4 encuadernado en tela.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN